

PRECIO EN MADRID.

Lo mismo en la Administracion que en las librerías.
Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »
La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: ROBERTO ROBERT.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 30 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.



ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias cuyo abono venza en fin de Junio y deseen continuar suscritos, se servirán renovar hasta el 30, si no quieren experimentar retraso.

El medio más fácil es por letra, giro mútuo ó sellos de franqueo.

Los vendedores que pagan á fin de mes liquidarán hasta el 30.

Crónica.

Toda vez que solo tenemos noticia de tres crímenes cometidos en Madrid la noche de la verbena de San Juan, bien podemos decir que las costumbres públicas han mejorado.

Es claro que con más de treinta periódicos diarios que hay en Madrid, el que lee (como hacen muchos) las gaceticillas de todos, se encuentra con más de noventa párrafos de asunto criminal, y se figura que ha perecido medio mundo; á diferencia de antes que perecian los habitantes de comarcas enteras, y como no habia periódicos ni correos frecuentes, nadie hablaba de ello, y el mundo iba mejor... para los sobrevivientes.

Por esto tienen razon las buenas viejas y los reaccionarios cuando repiten:

—Desengañese Vd.: antiguamente no se oia hablar de tantas desgracias.

Yo bien quisiera no decir una palabra de crisis; pero ¿es posible?

Vamos á ver: cuando un escritor honrado lee en un solo número de periódico lo siguiente:

- «El gobierno ha dimitido.
»Ha celebrado una gran reunion la mayoría.
»Insiste el gobierno en dimitir á pesar de la reunion de la mayoría.
»De diez á una ha conferenciado el Sr. Rivero con el presidente del Consejo.
»Desde la una ha conferenciado el Sr. Rivero con el Sr. Ruiz Zorrilla.
»El general Rosell ha conferenciado con el presidente del Consejo.
»El Sr. Rivero ha conferenciado con el Sr. Martos.
»El presidente del Senado ha conferenciado con el señor presidente del Consejo.
»El presidente del Senado ha conferenciado con el rey.

»Los presidentes de ambas Cámaras han conferenciado con S. M.

»Los ministros han conferenciado hasta las cinco y media.»

Cuando lee uno esto (repito) en un solo número de periódico, ¿qué puede decir en unos breves párrafos?

Y con todo, experimento cierto prurito...
Esto de confesar los ministros que la causa de la crisis existia desde el momento en que se formó el ministerio de conciliacion, y confesarlo ahora, despues de tener en ridículo tanto tiempo á sus periódicos, que casi no han hecho más que negarlo, es lo único agradable de la crisis actual.

Hace pocos dias que un diario democrático hacia notar cómo habia ido subiendo la Bolsa en poco tiempo.

Es de lamentar que no haya continuado publicando sus luminosas observaciones sobre este punto. Al fin y al cabo ahora podria atribuir á la pasajera crisis el mal estado, que podria llamar pasajero, de nuestros fondos.

Cuyos fondos, segun he oido decir á un economista (no político), están á la mitad del precio á que deberian estar, consecuentes con la moda, que todo lo hace hoy por mitades.

Por ejemplo: la mitad del ministerio está contra la otra mitad; la mitad de los cimbrios contra la otra; en Palacio mismo parece que una mitad, la no inviolable, opina al revés de la otra.

Esto me hace confiar en que el dia del gran golpe que nos va á partir, solo nos partirá por la mitad.

Roberto Robert.

LOS APUROS DE UN POLÍTICO.

Monólogo.

«¿Con que es decir que tampoco me hacen ahora ministro? ¡Bien va!

»¡Vamos! Si no muero, reviento.

»Gástese Vd. dinero en ser diputado, vote Vd. como quiera el gobierno, haga Vd. trampas, tuerza usted su conciencia, y todo ¿para qué? Para que no le hagan á uno diputado cuando llega la ocasion.

»¡Ah! Bruto de mí, zoquete de mí, animal de mí, que llegué á creer que esta gentuza...

»Pero, señor, esa gente, ¿qué se ha figurado? ¿Qué he venido yo á hacer aquí el papel del corderito manso, á dejarme llevar por donde ellos quieren y á ser un autómatas que se mueva á su placer?

»¡Ah! No, se equivocan, se engañan, están en un error, y yo les juro, á fé de Bruno, que no he de ser tan dócil como ellos se piensan y que á la primera ocasion, ¡zás!...

»Que me vengan otra vez con conveniencias, y con necesidades, y con transaccionistas! ¡Voto á!... que el primero que se me acerque á hablarme de mayorías compactas y de apoyos incondicionales le tiro las muelas de un puñetazo.

»¡Ah! no; ya verán ellos que no se juega conmigo impunemente.

»Y ¿qué dirán ahora de mí aquellos benditos electores? Claro está; me echarán á cajas destempladas, se reirán en mis barbas, dirán que no he sido ministro porque no sirvo para ello...

«¡Toma! esto ya lo dicen los que aquí mangonean en la política. ¡Que no sirvo para ministro! Vamos á ver, ¿y por qué? ¿Porque no hago coplas como Ayala? ¿Porque no disparato como Sagasta?

»¡Pues si á hacer coplas y á disparatar no hay quien me gane!

»¡Caramba, qué bien empleado me está! Yo que engañé á tantos, yo que hice tantos enjuagues, yo que por salir diputado hubiera juntado Roma con Santiago... ¡Voto á!... Si me valiera...

»Pero ¡caracoles! ¿qué queja pueden tener de mí? Veamos: ¿no voté al gobierno las quintas, aunque en el distrito ofreci rechazarlas? Vino lo de la Commune; ¿no me horroricé? El mensaje; ¿no voté el mensaje? Las actas; ¿á cuántos triunfos no he influido yo con mi voto? ¿Qué he dejado yo de votar que el gobierno no me haya pedido antes?

»Sin embargo, ¿he estado yo conforme con todo lo que he votado? De ningun modo. ¿Pero he votado? Sí señor. ¡Pues luego!...

»Y cuidado que la ocasion no podia ser más calva. Entraba yo ahora, estaba en el poder hasta fin de año, y me redondeaba; ¡toma! ¡Yo lo creó que me redondeaba!

»No; pero lo que es yo me vengo; ¡vaya si me vengaré! Lo juro por el nombre que tengo, á fé de Bruno, que mi venganza ha de ser sonada.

»Presenten, presenten en lo sucesivo proyectitos y leyecitas, que ya sabrán quién es el hijo de mi madre. Hombre, aunque presenten la Biblia, voto en contra.

»Pues qué, ¿así se olvidan los servicios de un hombre como yo? ¿Así se me quita un porvenir brillante? ¿Así se me roban las esperanzas?

»¡Ah! Bruto de mí, animal de mí, zoquete de mí, que...

»¡Calla! ¿Ha parado un coche? Sí. ¡Me vienen á buscar! ¡De parte de X! Qué, ¿le han nombrado ministro? ¿Que si le apoyaré? ¡Un demonio le apoyaré yo!

»¡No señor, que no cuente conmigo para nada! Miren el muy insolente, venir á pedirme apoyo cuando estoy á punto de echarme á la calle...

»Pero, señor, ¿quién ha hecho ministro á ese botarate? Así anda todo; ¡pobre España! Luego dicen de la Commune; ¿que más Commune que los progresistas?

»Pero no, yo no me conformo con ese ministerio. Yo voy á hacer algo.

»Pensemos lo que debo hacer...»

Y para muestra

sobra un boton.

CORZUELO.

LA CRISIS.

Te Deum laudamus...

Dos gangas, ¡dos!

Una ganga es que el gobierno se sostenga en pié. Otra es que haya habido crisis.

Los periódicos ministeriales dicen acerca de esta materia cosas grandes.

¡Decian que ya no habia grandes teólogos! Error manifesto: ahí está la prensa ministerial.

El ministerio, según *El Debate*, está quebrantado por el *sentido* de la sesión del lunes, y sobre todo por las dificultades con que el Sr. Moret tropieza; pero en cambio los ministros están todos de acuerdo en los principios; solo difieren en el modo de aplicarlos.

De modo que lo único que puede nacer de ahí es una breve reyerta como la que ha dividido á moderados y progresistas, de acuerdo siempre en los principios, y solo discordes en su aplicación.

Una friolera.

En cambio, ¡qué alegría! Los altos poderes, la Corona, ha procedido con suma prudencia, con exquisito tacto.

El Diario Español se pregunta cómo es que después de una votación magnífica determinan los ministros presentar la dimisión; pero esta duda, que parece conmoverle profundísimamente, se desvanece ante la extraordinaria y jamás esperada conducta de la Corona.

El rey de España respondió á los ministros que no quería otro gobierno que el designado por la opinión pública.

«Ya era tiempo, dice *El Diario Español*, de que el rey de España hiciese oír bajo el *sólio* español ese lenguaje!»

En efecto: hablar sobre el *sólio* era cosa demasiado vulgar; la innovación consoladora es que ahora se hable debajo.

El Imparcial no está conforme con que los ministros no hayan dicho al país cuál era la causa de la crisis, y reconoce la prudencia y lealtad con que ha obrado el que llama monarca.

La Iberia conviene en que no debía haber habido crisis; sabe cuáles eran los ministros empeñados en que no la hubiese, y deplorando que la haya habido, reconoce que «el rey ha dado á todos una gran lección de parlamentarismo y de respeto á la ley fundamental del Estado.»

De suerte que, según los diarios ministeriales, el gran resultado de la crisis ha consistido en demostrarnos que el rey es un gran rey.

Esto refresca el ánimo y recuerda aquellos tiempos en que los ministeriales de hoy celebraban en verso y en prosa á doña Isabel de Borbon, cuyo constitucionalismo, prudencia, valor cívico y demás utensilios no les cabían en la cabeza.

Triste cosa es ser alabado por los mismos que alababan á doña Isabel II; pero sería peor ser combatido por ellos.

Yo no sé lo que escogería si fuese rey, y suponiendo que me dejaran escoger.

Yo soy de la opinión de muchos ministeriales.

Después de la comprometida pregunta hecha en el Parlamento por el general Serrano al Sr. Castelar, es cosa deliciosa el encontrarnos con el mismo ministerio que antes.

Tenemos la misma falta de dinero y de recursos; la misma necesidad de pagar; la misma desavenencia entre los ministros, y sin embargo, el mismo ministerio.

Hace ocho días exclamaban los ministeriales: «¡No conseguirán las oposiciones sembrar la discordia entre los hombres del poder!»

Hoy dicen: «Desde el discurso de la corona que está el ministerio en el mismo caso que ahora.»

«¡No habrá, no ha habido, no puede haber crisis!» decía la prensa ministerial.

Si hubiese dicho: No hay ni puede haber dinero...

En fin, la crisis ha desaparecido.

Esto es lo principal.

Pero no: el rey es un gran rey: esto es lo verdaderamente principal: es lo único en que están de acuerdo los que participan del poder.

¡Qué suerte! Nacer, crecer, reinar, cobrar, no hacer nada y ser llamado grande.

¡Oh, basta, no puedo proseguir!

GIL BLAS.

BUFOS DE CÁSCARA AMARGA.

El cura que la humildad predica y dice severo que él aborrece el dinero, y que ama la honestidad; y en prueba de que es verdad, con la sobrina se larga

y cita, acosa y embarga al que no paga el bautizo, ese es un bufo castizo de los de cáscara amarga.

El que se hace federal porque se ve sin un cuarto y sueña con un reparto de fincas y capital; y dice que es animal el que es honrado y se encarga de hacer fortuna á la larga con el sudor de su frente, ese es un bufo demente de los de cáscara amarga.

Quien vende moralidad exclamando á todas horas ¡las clases conservadoras!... ¡respeto á la propiedad! y con cínica crueldad á sus amigos encarga que toleren la uña larga á los que voten por él, ese es un bufo cruel de los de cáscara amarga.

El que con dolo y falsía por lograr una corona, ingrato fué á la persona á quien su suerte debía, y con cínica osadía y fraticida descarga para el otro mundo larga al que estorba su carrera, ese es bufo de primera, pero de cáscara amarga.

El que cada Navidad se embolsa muchos millones, y en gacetas y pregones publica su caridad; y modelo de piedad que le apelliden encarga, tan sólo porque se larga á repartir diez mil duros, ese es bufo de los puros, pero de cáscara amarga.

ANCHIA VIDA.

Ya se habla de algunos señores que piensan retirarse en breve á la vida privada.

La mayor parte de los españoles se encogen de hombros al recibir esta noticia; otros se alegran.

A mí me hace siempre el efecto contrario, y si no estuviera feo en un escritor que tiene la misión de alegrar á las gentes, lloraría lágrimas como puños. Por eso me contengo.

¡La vida privada! Cualquiera creará que la vida privada es la vida á que se retira el hombre honrado á llorar los engaños políticos, á quejarse de la inconstancia de los hombres, á apartarse de los ambiciosos, de los miserables.

¡Cuán pocos buscan en la vida privada el alejamiento de la podredumbre, de la falsía, del deshonor! Cuando un hombre público que ha desempeñado destinos del gobierno se retira á la vida privada, observado, no vuelve como entró en la vida pública.

Sí, es preciso observar á esos hombres que se retiran á la vida privada después de haber escandalizado á sus conciudadanos mientras han hecho sombra en la vida pública.

El uno fué periodista pelambron, el otro abogado sin causas, el de allá menestral con pereza, el de acá jugador de oficio, este profesor sin discípulos, aquel vivía por *empeños*....

Cuando se retiran á la vida privada, se sabe que tienen una casita, un poco de tierra de labor, unos cuartos ahorrados no se sabe cómo, y algunos tréscos adquiridos por compromiso.

Fulano de Tal, es decir, cualquiera, vivía hace dos años de la munificencia de sus amigos, comía hoy aquí, mañana allí, fumaba de gorra, tomaba café de pegote. ¿Y hoy se retira á la vida privada con ahor-

ros, teniendo para comer lo que le queda de vida? Me parece...

Zutano era cesante del bienio; entre él, su mujer, su cuñada y sus hijos habían agotado los recursos del bolsillo, los del ingenio y los de la estrechez. El vendía fósforos, ella cosía de municion, los chicos voceaban periódicos. ¿Vino la revolución le dieron un destino, ahorró y al cabo de dos años tiene lo suficiente para retirarse á la vida privada y para vivir sin agobios, pero sin holguras; sin lujo, pero sin hambre? Pues repito que me parece...

Y así sucesivamente.

Si los políticos tuvieran cartilla como las criadas de servir; si tuvieran hoja de servicio como los soldados, ¡qué cosas veríamos!

¡La vida pública! ¡La vida privada! ¿Cuándo empiezan y terminan estas vidas? ¿Por qué salen algunos á la vida pública? ¿Por qué se retiran á la vida privada?

¿Es salir á la vida pública abrazar una idea, defenderla en un periódico, practicarla en un destino y difundirla con fé y con perseverancia continuamente?

¿Es entrar en la vida privada perder la fé de esa idea, renegar de ella, considerarla utópica, ó fatigarse de predicarla?

¡Ah! si fuera así, sería, al retirarse á la vida privada, menos sospechoso, menos criminal, menos inverosímil.

Pero no, no es esto.

Retirarse á la vida privada es tener ya lo suficiente, haber hecho la fortuna bastante para asegurar la vida sin exponerla á la miseria honrada ni á las luchas políticas.

En cada hombre que se retira á la vida privada debemos ver un comerciante que hizo negocio, un banquero que quebró fraudulentamente, un jugador con suerte, un ladrón con fortuna.

No me arrepiento de haber soltado la palabra ladrón.

Cuando uno á quien hace dos años socorristeis os anuncie que se retira á la vida privada, preguntadle sin temor cuánto botín ha logrado.

Y por lo menos, apuntad por cada político que se retira á la vida privada, el sudor de cien contribuyentes durante un año y no os equivocareis.

Ahora bien: ¿dicen que algunos políticos de ayer se van á retirar hoy á la vida privada?

Pues voy á echar la cuenta de lo que podía haber mejorado la nación con el empleo útil del dinero que esos señores nos han robado.

Os avisaré en la primer conspiración que se emprenda para asegurar la libertad en nuestra patria.

LAMELA.

Y AHORA, ¿QUÉ?

Vamos, ya estará satisfecho ese sempiterno preguntón, ese Sr. Contreras, que nos tenía atronados los oídos con sus interrogaciones repetidas en el Congreso, que es, como quien dice, á la faz de la nación, ante la presencia de Europa.

No había sábado en que ese general injuramentado no saliera con su preguntita de cajón: «¿Cuántos ascensos, cuántos honores, cuántas condecoraciones se han concedido desde el día en que nos sorprendió la elección de D. Amadeo hasta la fecha?»

Y no hay que decir que la preguntita no tenía intención, porque sí la tenía. Ante todo la intención del escándalo, la intención de dar á entender á propios y extraños que aquel acto espontáneo de las Constituyentes... ¿He dicho espontáneo? Sí. Bien está. Temía que se me hubiese escapado otra palabra.

¿Pero no sabe el Sr. Contreras, no sabe el moderno demagogo que esos chismecillos, que esas preguntitas se dicen al oído, con toda reserva, en voz baja, para que no se enteren de ellas los que ven en la monarquía aquella prosperidad, aquel orden, aquella era de que nos hablaba *La Iberia* há pocos días?

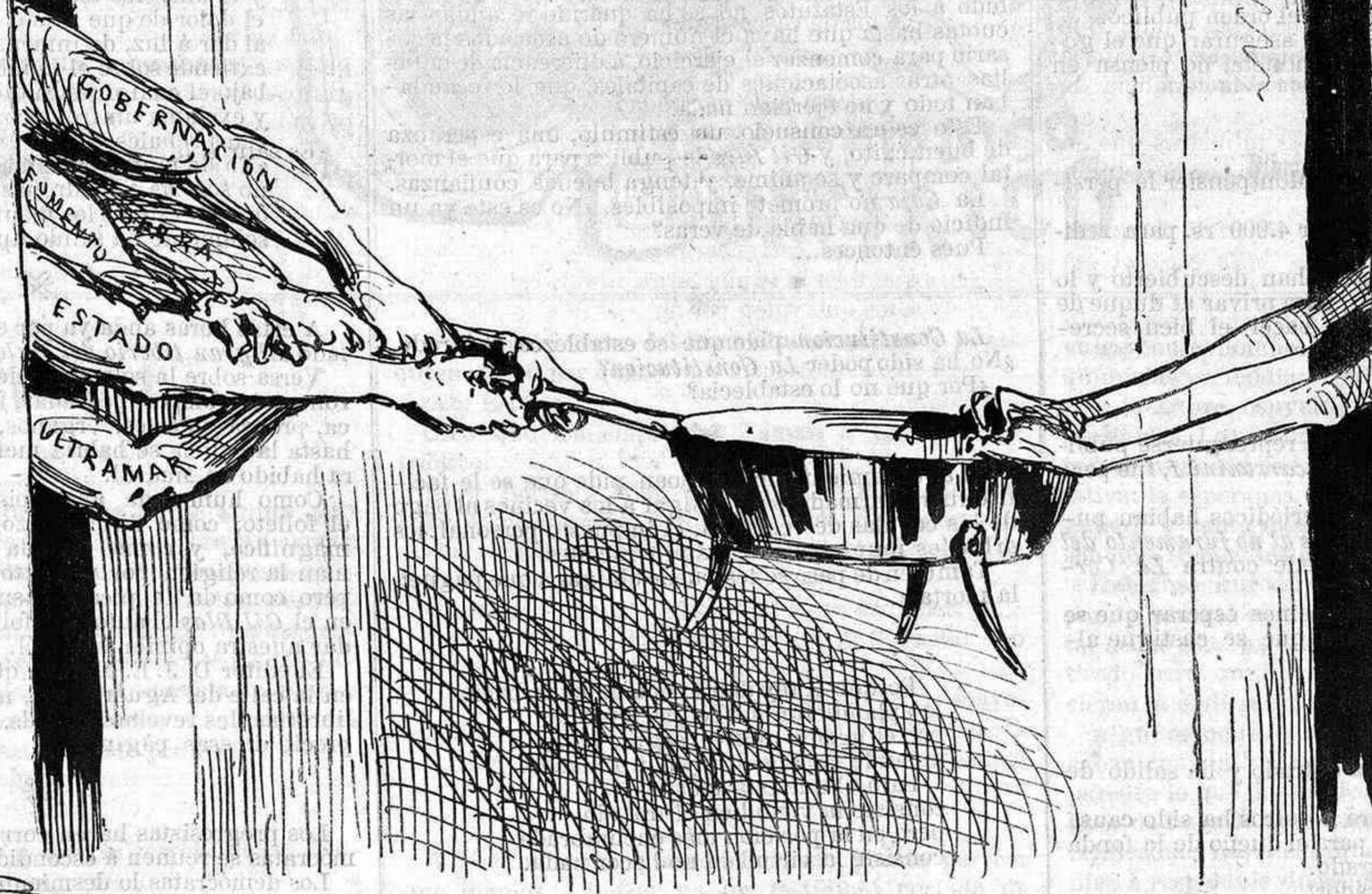
Y si no, que me diga ese general-ex qué ha adelantado con tanto preguntar.

Vamos, ya tiene en el Congreso la nota de los *empleos graciabiles* concedidos desde aquel día en que se dió la que él llama gran batalla y los demás calificamos de solemne votación.

¿Crea el Sr. Contreras que el gobierno había concedido ascensos á tente-bonete, sin saber lo que se hacía, sin llevar de ello una nota correlativa, ordenada, etc.? Pues se ha llevado chasco.

MINISTERIO

OPINION PÚBLICA



NO LA SUELTAN A TRES TIRONES.

Si señor, se ha llevado chasco, porque ya tiene á su disposicion la nota pedida, en que se expresa con el orden de que es susceptible la monarquía los ascensos graciables hechos en el ejército, solo en el ejército, y que, para que aplanen y achiquen á los que como Contreras opinaban, copio yo tambien por orden:

- 1.º Seis empleos de teniente general.
- 2.º Siete de brigadieres.
- 3.º Cinco de coroneles.
- 4.º Seis de tenientes coroneles.
- 5.º Ocho de comandantes.
- 6.º Diez de capitanes.
- 7.º Uno de teniente y once de alféreces.

¿Lo ve Vd., señor ex-general? ¿Ve Vd., hombre, como no se duerme el gobierno en las pajas?

Pero lo que yo quisiera saber es la deducción que el general Contreras hará de estos datos. ¿Le parecerán pocos? ¿Creerá mezquinas estas gracias?

Porque yo supongo que no nos saldrá ahora con que es mucho esplendor para un trono democrático 54 ascensos. Supongo que no creará exorbitante la cifra de esos seis tenientes generales, ni la de esos siete brigadieres...

Pero, como si lo viera. puesto Contreras en la pendiente de la oposicion, no cesará de rodar hasta confundirse en el abismo con los federales que allí vociferan, y dirá que vaya un modo de aumentar fajas, que vaya un modo de hacer economías, que si eso se ha hecho en *lo militar*, ¡cuánto más se habrá hecho en *lo civil*! que si así se ha amasado un trono...

Pero dejémosle decir; nosotros los hombres de orden lo que debemos hacer es ver de tapan la brecha abierta en la Hacienda por esos aumentos indispensables. ¿De dónde sacaremos á los contribuyentes ese aumento de gasto?

¡Contreras! ¿Qué se puede esperar de un general que no jura al rey y luego va á hacer gala de ello al Congreso?

Dejadle que grite; que demagoguice cuanto quiera. Cuánto daría él por poder levantar la frente serena y decir como puede decir hoy el duque de la Torre: «¿Queriais la nota de las gracias concedidas? ¿Creiais que no la teniamos? ¡Pues ahí está! Y ahora, ¿qué?»

¡Oh! Supongo, pensando cuerdamente, que el ex-general Contreras debe estar abatido al ver que el ministro ha llevado al Congreso la nota pedida.

¿Tendrá aun valor ese general, que fué, para presentarse en público? ¿Habrà mano amiga que estreche la suya?

Lo dudo, quiero dudarle, debo dudarle.

Ahora, que se atreva cualquier diputado á pedir la nota de las gracias concedidas á los personajes civiles.

¡Escarmentad, padres de la patria!

X.

LO QUE CONVIENE.

Con insólita presteza corren de aquí para allí los *notables*,

porque la crisis empieza y tienen que hacer así por estos *administrables*.

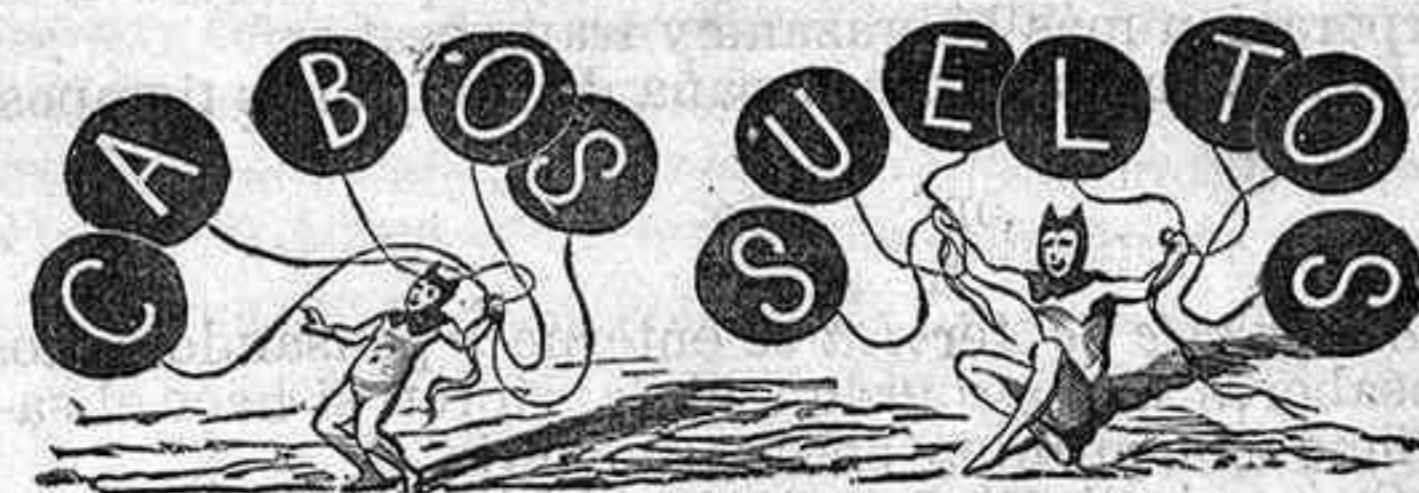
La española sociedad, ¿qué fuera? ¿A dónde se iría sin su apoyo?

En la más triste orfandad, presa de melancolía, cayera pronto en el hoyo.

Cosa es que no tiene vuelta y está en todas las conciencias, que *debemos*,

al ver la crisis resuelta, á esas muchas *eminencias* (ó jorobas) que tenemos, mostrarnos agradecidos por tantos desvelos tiernos; y oportuna, cuando haya ocasion, reunidos mandarlos á buscar... *cuernos* á los cuernos de la luna.

MICALÉ.



Bueno estaria que despues que los actuales ministros votaron é hicieran votar el presupuesto del clero y el del enorme ejército, saliesen ahora á decir que su única enfermedad es el estado de la Hacienda. ¿Qué? Son hombres para ello.

Dice Puig y Llagostera que no encuentra periódico ni imprenta que quiera dar á luz una carta suya. ¡Qué tal será ella! En un país en que se publica hasta la bula... ¡Figúrese Vd.!

Un sochantre católico comió melon y se murió de cólico; y (mire usted qué cosa!) un melonar creció sobre su fosa. Y hoy nadie sabe (y esto sí que es bueno) cómo se ha de llamar aquel terreno; pues no ha podido averiguar ni el diantre si es melonar ó fosa de sochantre.

El papa no ha querido recibir la carta de felicitación que Víctor Manuel le enviaba.
Y ha hecho bien.
El diría con razón; escribir papeles me toca á mí.
Los demás que los lean.
Y los paguen.



San Juan debe padecer profundos remordimientos. Dos muertos y un herido grave causaron sus devotos la última noche de verbena.
¿Por qué no les encarga San Juan que cometan estos excesos en las fiestas de libres pensadores?
Yo no sé cómo mira esas cosas.



Algunos malévolos vuelven á propalar el rumor de que va á organizarse en Madrid el orden público.
Tenemos sólidos motivos para asegurar que el gobierno, consecuente con su conducta, no piensa en semejante disparate.



Los enemigos del duque de Montpensier le persiguen encarnizadamente.
El duque acababa de regalar 4.000 rs. para redimir á los quintos de Zaragoza.
Pues bien: sus enemigos lo han descubierto y lo trompetean en los periódicos, para privar al duque de aquella dulce satisfacción de hacer el bien secretamente.



Al cabo de veintidos noches de representarse públicamente la bufonada cómica *Macarronini I*, fué perseguida por los tribunales.
Después que más de veinte periódicos habían publicado los *Documentos relativos al no juramento del duque de Montpensier*, se procede contra *La Correspondencia* por ellos.
Pues señor, por esta regla debemos esperar que se cometan veinte asesinatos para que se castigue alguno.
¡Animo, aficionados!



El emperador del Brasil ha entrado y ha salido de Madrid.
En su breve estancia entre nosotros ha sido causa de muy gratas sensaciones para el dueño de la fonda de Paris, donde se ha albergado.
¡Digo! ¡Cuentas de emperador!...



Dice *La Correspondencia* que varios gobernadores de provincia habían felicitado al gobierno creyendo que había salido bien de la crisis.
Surtout, point de zele.



Un periódico progresista nos participa que entre los federales reina grande excisión á consecuencia del último discurso de Castelar.
En efecto; ya no podemos ocultarlo, y un día de estos pensamos pedir al rey que se busque otros federales.



Pasan de cuatro mil los que solicitan ser empleados de puertas en Madrid cuando se restablezcan los consumos.
¡Cuatro mil hombres dispuestos á pertenecer á la corporación más holgazana y tramposa!
¡Oh, no ha muerto la España de los buenos tiempos!



El Puente de Alcolea se entenece pensando en los sinsabores que aguardan al Sr. Moret si hace el sacrificio de continuar en el ministerio.
¡Qué sería si *El Puente de Alcolea* meditara en los sinsabores de los que no tenemos la compensación de ser ministros!
Le daría un sponcio.



A un maestro de escuela de Sans (Barcelona), que prometía curar de pasajeras enfermedades á los que rezaran con fé, le han metido en la cárcel.
Si les hubiese prometido la resurrección del mondogo, estaría cobrando del presupuesto.



Me rio yo...
No, no lo tomen Vds. á mala parte, no me rio del gobierno, ni de... ni de...
Me rio porque acabo de leer un libro de cuentos que ha publicado el editor de Sevilla Eduardo Perié, cuyos cuentos son capaces de hacer reír, ¿á quién diré? ¡A un contribuyente!
Digo, ¿hará reír el librejo? Y si no, á la prueba me remito.



Y decía el señor marqués de Sardoal:
«El Sr. Castelar tiene al lado dos aristócratas resellados, no sólo de plebeyos, sino hasta de republicanos.»
No sabía yo que existiese esa gradación.



¿Se acuerdan Vds. de que *Gil Blas* se declaró espontáneamente socio de la *Caja Nacional catalana*?
Pues como esta institución tiene todo género de probabilidades de buen éxito, y en nada se parece á las famosas sociedades de crédito, que engolosinando á los codiciosos, les dejaron muertos de sed y con el estómago perdido, *Gil Blas* ha querido enterarse del estado de la susodicha *Caja*.

Ha averiguado ahora que por el justo respeto debido á los Estatutos no se ha querido recaudar las cuotas hasta que haya el número de asociados necesario para comenzar el ejercicio, á diferencia de aquellas otras asociaciones de capitales, que lo recaudaban todo y no ejercían nada.
Esto es un consuelo, un estímulo, una esperanza de buen éxito, y *Gil Blas* lo publica para que el mortal compare y se anime, y tenga buenas confianzas.
La *Caja* no promete imposibles. ¿No es este ya un indicio de que habla de veras?
Pues entonces...



La Constitución pide que se establezca el jurado.
¿No ha sido poder *La Constitución*?
¿Por qué no lo establecía?



El ayuntamiento de Benajouan pide que se le facilite fuerza armada para obligar á los vecinos al pago de las cédulas de vecindad, el impuesto personal, los arbitrios municipales y los provinciales.
También de paso se les puede obligar á que paguen la mortaja.



Porque el rey don Leopoldo nada hacia le aplaudieron los belgas á porfía; por el mismo motivo, según veo, aplaude España al rey don Amadeo.
Para el que está debajo consiste la virtud en el trabajo; pero en la posición más encumbrada consiste la virtud en no hacer nada.



Noventa mil pesetas se ha llevado consigo al fugarse el administrador del hospital militar de Madrid.
¡Qué tonto! ¿Por qué no se llevaba cien mil?
—¡Si no había más!...



Dice un periódico que en Cuenca se han puesto pasquines cobardes y han circulado anónimos valientes amenazando á los liberales con que se les va á cortar la cabeza.
Ya casi sería mejor, toda vez que no nos sirve para comprender las bellezas de la monarquía.



Un sacerdote católico, apostólico, romano se ha suicidado á navajazos en el encierro donde el obispo del Burgo de Osma le tenía.
La causa de ese castigo se ignora; porque de las fechorías de los sacerdotes solo se sabe la mitad, cuando más.



En un solo día nos dan cuenta de cuatro asesinatos los periódicos de Valencia.
Para atajar males semejantes creo que debería aumentarse la dotación del clero.



La Esperanza hace constar que el conde de Chambord no ha reconocido legitimidad alguna en el adulto Alfonso de Borbon, ni siquiera le ha visitado en Ginebra.

No: en esto son muy delicados los reyes; donde no hay legitimidad no ven parente ni amigo.
A no ser que se la muestren con un antejo Armstrong.



Periódicos monárquicos han dicho que había en Madrid republicanos prontos á protestar de las palabras del Sr. Castelar en el Congreso.
También han dicho que la situación de la Hacienda no era desesperada.



—Ha venido de Coria...
—Ya lo sé, el bobo.
—No, hombre, el dean.
—Es lo mismo.



Es grave esto.
Parece cosa decidida que el traje de etiqueta de los representantes del país se altere.
Antes llevaban corbata negra.
Ahora se dispone que hayan de llevarla blanca.
¡Qué significa esto, gran Dios!
Los diarios serios discuten entre sí este grave asunto.
Meditemos, sí, meditemos.



El parto de los montes.

Preñada de discordias aparece hoy doña Situación; del puro cielo nublase el sol, medroso tiembla el suelo y el universo todo se estremece; el dolor de que ¡triste! desfallece al dar á luz, de inmenso desconsuelo extiende sobre el mundo un denso velo, bajo el cual nuestra dicha se oscurece; y exclama un fronterizo muy lagarto estas señales viendo extraordinarias:
«Ya de tantas pamemas estoy harto; no son las comadronas necesarias, que en este de los montes nuevo parto solamente ha salido un... Rojo Arias.»



A estas horas anda ya por el mundo el folleto titulado *El gran tiberio del siglo*.

Versa sobre la solemne celebración en que tomaron parte obispos, pedradas, faroles, juventud católica, prensa y Cortes, órganos, cantores y músicos, y hasta la policía se habría metido en ello si la hubiera habido en Madrid.

Como humorada antipapista, nos parece bueno el folleto; como disciplinazo á los neos, nos parece magnífico, y como rociada para todos los que toman la religión por pretexto, nos parece excelente; pero como da la pícara casualidad de que escribe en el *Gil Blas* el autor del folleto, nos abstenemos de dar nuestra opinión sobre él.

El editor D. J. E. Morete, que vive nada menos que en la calle del Aguardiente, núm. 6, y las principales librerías, les revelarán á Vds. por muy poco dinero el precio de esas páginas.



Los progresistas hacen correr la voz de que los demócratas se reúnen á escondidas de ellos.

Los demócratas lo desmienten y dicen que los otros son los que ocultan sus reuniones.

Cuando menos debería haber dos jefes del cuarto del rey: uno progresista y otro demócrata.



La Iberia pide el castigo de los asesinos del general Prim.

Nosotros nos contentaremos con mucho menos.
Pedimos la luna.



Los jesuitas de Leon de Francia han obtenido permiso para volver á su casa.

Con deportar trabajadores y llamar jesuitas se puede encabezar cualquiera política de orden.

A LAS SEÑORAS EMBARAZADAS.

ACEITE DE BELLOTAS

CON SÁVIA DE COCO ECUATORIAL.



Casi todas las mujeres pierden los cabellos á consecuencia de los partos, ya sean precoces, tardíos ó naturales. Usando tres meses nuestro específico medicinal, antes y después del alumbramiento, no se pierde un solo cabello. Probad y os convencereis. Se vende en la calle de las Tres Cruces, 1, principal, y Jardines, 5 (vidrieras verdes), Madrid, á 6, 12 y 18 rs. frasco, con mi rúbrica en la etiqueta, mi nombre y domicilio grabado en el vidrio, porque hay falsificadores: se da prospecto. El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de las cinco partes del mundo. También tenemos Café de Bellotas á 8 y 12 rs. caja de una libra, para destetar los niños y tomarlo durante el embarazo, y precaver los vómitos y malestar general.

LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS

POR ROBERTO ROBERT.

Se han publicado cuatro repartos que contienen:
Introducción.
El dinero de la Iglesia.
La Honestedad.
Los Cruzados.
El Pillaje.
La Brujería.
Dirigirse á D. J. E. Morete, editor, calle de las Beatas, 12, Madrid, y principales librerías.
Remítanse DOCE REALES, importe de la obra.

MADRID: 1871.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.